

## CAPÍTULO XIX

Los mozárabes.—Los normandos.—Antagonismo entre cristianos y musulmes.

—Monumentos del Califato en las provincias de Sevilla y Cádiz.



El poder de los Umeyas en Andalucía no fué contrastado solamente por las tradicionales enemistades de raza y por las sediciones de los ambiciosos; tuvo también que resistir invasiones de gentes extrañas, y pujantes acometidas de los nuevos Estados cristianos que se formaban en España, animada del noble deseo de su restauración. Desde este punto de vista, ofrece el Califato Andaluz un cuadro complejo del mayor interés durante los siglos ix y x. Resalta por un lado la gran prosperidad material de los árabes conquistadores, que á pesar de sus disensiones intestinas alcanzan bajo la autoridad enérgica y tutelar de los Abderrahmanes y Alhakemes, de los Mohammad y de los Abdallahs, un grado de cultura cual no lo habían soñado los pueblos septentrionales y occidentales reunidos bajo el cetro de Carlomagno: un esplendor científico, comercial, industrial, militar y artístico, sólo comparable con el

que habían dado á Damasco y Bagdad los Califas de Oriente, herederos y émulos de la sabiduría del Bajo Imperio. Presenta en esta época la cultura islamita en nuestra España un carácter singular de tolerancia filosófica, por cuya virtud las Iglesias de la Bética conservan sus prelados, la grey cristiana de sus poblaciones mantiene sus templos, su culto y sus monasterios, y estos *mozárabes* viven en el goce de su religión y de sus leyes privativas, bajo la jurisdicción de sus obispos en lo eclesiástico y de sus condes en lo civil, en una paz sólo interrumpida á veces por las exigencias de la inexorable razón de estado, que produce mártires insignes como Adulfo, Juan y Aurea, apóstatas execrables como el metropolitano Recafredo, y pontífices preclaros como Juan Hispalense (1).

Adviértense en el mismo cuadro por otra parte infatigables esfuerzos debidos al espíritu que el Evangelio ha infundido en la España cristiana, la cual lejos de ceder al prestigio de la cultura islamita, la combate como contagiosa lepra, haciendo prodigios de incontrastable fe y de santa destructora saña contra la prepotente y bien organizada milicia de los amires. Dibújanse aquí las grandes y aún no bien caracterizadas figuras de los Alfonsos, Ramiros y Ordoños, y de aquellos ínclitos condes de Castilla que en gloriosas campañas aniquilan con el rayo de la cruz á los sectarios del Corán, y cayendo sobre ellos desde sus enriscados campamentos, los llevan arrollados como maleza que arrebató el torrente hasta las fértiles y viciosas campiñas del Tajo, del Guadiana y del Guadalquivir.

Últimamente en la agitada escena de esas dos centurias, aparecen amenazantes sobre las risueñas costas de Andalucía, si bien á largos intervalos, pero con el periodismo de ciertos

(1) Quien desee pormenores acerca de estos personajes históricos, puede consultar la *España sagrada*, trat. 29, tomo IX.

Habiendo escrito latamente en nuestro tomo de CÓRDOBA sobre la cultura árabe-hispana y sobre la condición de los cristianos muzárabes de Andalucía en los siglos IX y X, creemos conveniente omitir en el presente trabajo noticias circunstanciadas en ambas materias.

metéoros, los terribles *hombres del Norte*, ó escandinavos, enemigos tan implacables de la cristiandad como los mismos sarracenos. Estos formidables invasores, á quienes los árabes daban el nombre de *majús* (1), para significar que eran idólatras, adoradores del fuego, pasaban por intrépidos navegantes, y el Occidente, aterrado á la vista de sus *dragones* (2), los apellidaba *reyes del mar*. Sus bajeles se abrían paso al interior de las naciones por toda clase de ríos: navegando contra las corrientes más impetuosas, sobrecogían á las poblaciones de sus orillas; embestían de golpe las populosas y ricas ciudades de la marina y de los estuarios, y después de saquearlas lo llevaban todo á sangre y fuego. Estas temidas invasiones habían dado mucho que hacer á Carlomagno, el cual para contenerlas había mandado fortificar los desembocaderos de los ríos de Francia; pero la muerte del grande emperador fué como la señal de una invasión general para todos aquellos piratas, y desde la primera mitad del noveno siglo hasta muy entrado el décimo estuvieron incesantemente estragando las más florecientes naciones. No se limitaron estos estragos á las costas del Báltico y del Atlántico: participaron de la triste suerte de Alemania, Inglaterra y Francia, España y otras tierras mediterráneas, sin exceptuar la misma África, donde dejaron un formidable presidio. El autor del libro árabe titulado *Kitabu-l-giarafiyya* que describe la famosa torre de Cádiz y su ídolo, habla de estas invasiones de los normandos, y es curiosa la siguiente narración: «Es fama entre los musulimes andaluces y africanos que aquel ídolo ejercía sobre el mar una especie de sortilegio, que no desapareció hasta que fué derribado por el almirante Alí Ben Isa Ben Maymún en el

(1) De *majús*, derivación del griego *magos*, vienen los vocablos *almajuces*, *almazudes* y *almonides* con que designan á los piratas escandinavos nuestras antiguas crónicas. En las historias extranjeras se los señala generalmente con la voz de *Northmanos* ó *Normandos*, y esta es la que ha prevalecido entre los escritores modernos.—Acerca de sus invasiones periódicas, consúltese la excelente obra de Depping, *Historia de las expediciones de los Normandos*, tom. I, p. 96.

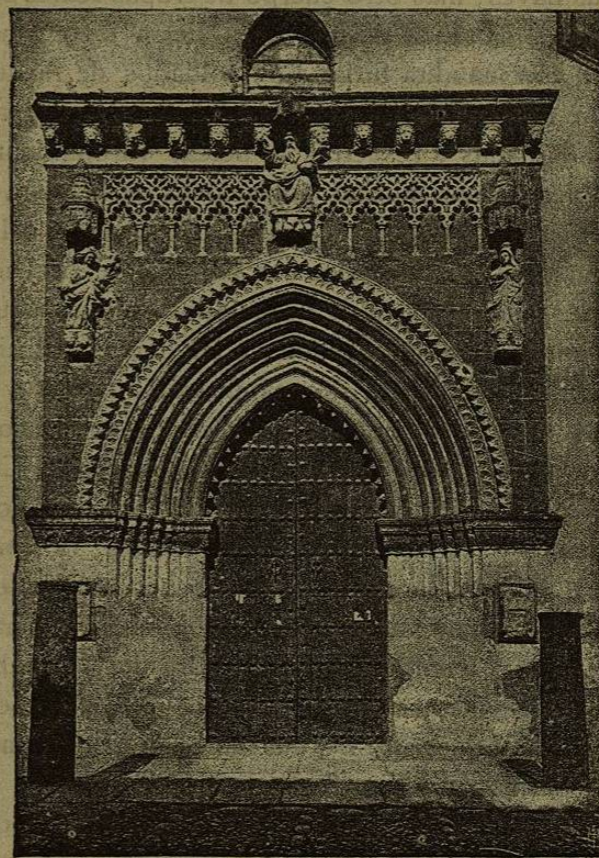
(2) Nombre que daban á sus bajeles. Los árabes llamaban á estos *karákir*, de donde se deriva tal vez la palabra *carraca*.

año 540 (A. D. 1145) al principio de la segunda guerra civil. Desde muy antiguo aparecían en el Océano unos anchos bajeles que los andaluces llamaban *karakires* y llevaban una vela cuadrada en la proa y otra igual en la popa; gobernábanlos los llamados *majús*, hombres fuertes, determinados y buenos marreantes, los cuales en las costas donde arrimaban sus proas lo llevaban todo á sangre y fuego cometiendo destrozos y crueldades inauditas. Los pobladores huían á su presencia llevándose á las montañas lo que podían salvar de sus haciendas y dejando desamparada la marina. Las depredaciones de estos bárbaros se repetían periódicamente cada seis ó cada siete años: sus naves nunca bajaban de cuarenta, y algunas veces llegaron á ciento: durante su derrotero apresaban y destruían todo lo que encontraban al paso. La torre de Cádiz les era familiar, y tomando la dirección que les marcaba el ídolo, penetraban en el Estrecho siempre que les convenía, pasaban al Mediterráneo, asolaban las costas de España y de las islas cercanas, y muy á menudo llevaban sus depredaciones hasta los mismos confines de la Siria. Pero cuando el ídolo fué derribado, no se volvió más á oír hablar de aquellos temibles piratas, ni volvieron á aparecer sus *karakires* en la extensión de aquellos mares (1).

En el año 230 de la egira (A. D. 844), siendo amir en Córdoba Abderrahmán II, los *majús* ó normandos bajaron desde sus altas regiones sobre las tierras de los musulmes de España. Aparecieron en las aguas de Lisboa primeramente: permanecieron en esta ciudad algunos días, en cuyo intermedio pelearon varias veces con los musulmanes. Avanzaron de allí á *Kayis* (Cádiz?) y luégo á Sidonia (*Shidúnah*), donde sostuvieron con las tropas del Sultán una gran batalla. De Sidonia se corrieron á Sevilla, adonde llegaron el día octavo de Moharram (24 de Setiembre de 844), y acamparon á doce leguas de la ciudad. Cuatro días después los musulmanes les salieron al encuentro,

(1) ALMAKKARI. Lib. I, cap. VI.

pero fueron batidos con gran matanza. Acercáronse entonces más los invasores y establecieron su campamento á unas dos millas de la población. Los habitantes de Sevilla salieron por



SEVILLA.—SAN MARCOS

segunda vez á oponérseles, y volvieron á ser vencidos con gran pérdida. Quedó el campo cubierto de cadáveres y heridos, y el insaciable hierro de los *majús* se cebó en los hombres y en los animales del campo hasta penetrar en la misma Sevilla. Dobló la rica Emesa su cerviz al yugo de aquellos feroces depredado-

res; pero éstos, después de cargarse de botín por espacio de un día y de una noche solamente, se volvieron á sus dragones. En el intermedio fueron alcanzados por las tropas del Sultán, con quienes tuvieron un sangriento choque: lograron sin embargo alcanzar sus naves; mas otro cuerpo de tropas reales se presentó á su vista, y saltando de nuevo en tierra los normandos, le acometieron con inaudita furia. Los soldados de Abderrahmán tuvieron que replegarse escarmentados: entonces levantáronse en armas indignadas y resueltas á pelear varonilmente contra los detestables piratas muchas poblaciones de la costa: acudieron provisiones de todos los distritos comarcanos, y los *majús* fueron acometidos y derrotados con pérdida de 500 hombres y varios bajeles, que después de despojados de las riquezas que contenían, entregaron los musulimes á las llamas. El historiador An-nuwayrí dice que de allí se encaminaron á *Leslah* y tomaron por sorpresa á *Shineba* (poblaciones que nos son desconocidas): desde donde fueron á aportar á una isla cercana á Cádiz. Estando en ella ocupados en repartir su botín, cayeron sobre ellos los musulmanes y les hicieron algunas muertes. Los *majús* volvieron sobre Sidonia: la asaltaron de noche, se apoderaron de sus bastimentos y cautivaron á sus habitantes. Permanecieron en ella dos días, y oyendo que la escuadra de Aderrahmán había llegado á Sevilla, se encaminaron á Niebla, que también sorprendieron y saquearon. De allí fueron á Ossonoba, luego á Beja, y por último á Lisboa. Esta plaza fué la última que maltrataron, porque se dieron á la mar y no se volvió á oír hablar de ellos hasta muchos años después. El sultán visitó una por una todas las poblaciones que habían padecido en la invasión de aquellos bárbaros, reparó las devastaciones cometidas en ellas, y aumentó sus guarniciones para ponerlas á cubierto de nuevos golpes de mano.

Á los quince años sin embargo volvieron á presentarse á vista de las conturbadas poblaciones de la costa andaluza los odiados dragones. Remontando el Guadalquivir, llegaron hasta

Sevilla: pegaron fuego á su mezquita mayor y desaparecieron. Invadieron la costa de África, y después de robar sus ciudades, volvieron á España y tomaron tierra en Murcia. La escuadra de Mohammad los atacó después que asolaron la tierra de Tudmir y se apoderaron del castillo de Orihuela: les apresó dos bajeles y les echó á pique otros dos. Los *majús* con los restantes se encaminaron á Barcelona (1).

Las invasiones de estos piratas en el décimo siglo debieron ser ya menos formidables. La Escandinavia, abrazando la fe cristiana, había entrado en los senderos de la verdadera civilización, y los normandos, antes tan aventureros, se hallaban ya regularmente constituídos como nación en tierras septentrionales. Dueños de la Neustria por abandono de Carlos el simple á su duque Rollón, dueños también de toda la tierra que se extiende entre el Rhin y el Mosa inferior por cesión de Carlos el Gordo al duque Godofredo, ellos eran ya los que servían de dique á la Europa central contra otros piratas más rezagados aún en el llamamiento sucesivo de los pueblos á la luz de la civilización cristiana. Las historias árabes no registran en este siglo x mas invasiones de normandos que la que sufrió la comarca de Lisboa en el año 354 de la Egira (A. D. 965) siendo sultán ó amir Alhakem II. En esta ocasión, aunque saquearon y estragaron aquella tierra, los moradores se armaron contra ellos y los obligaron á refugiarse en sus naves. El amir en persona acudió al paraje de la incursión y proveyó á la defensa de la costa mandando á su almirante Abderrahmán Ben Romahís que los aco-

(1) De esta expedición de los normandos, que corresponde á los días del victorioso D. Ordoño I, hacen mención el Albeldense, Sebastián de Salamanca, el autor anónimo *De gestis normannorum*, el arzobispo D. Rodrigo y otros, cuyas noticias resume Masdeu en estas líneas: «La armada normanda, que en el año de 859 intentó un desembarco en la misma provincia (Galicia), como en tiempo de Ramiro, experimentó con la pérdida de algunos buques el valor del conde Pedro, gobernador de Galicia, y se fué desde luego á tentar la suerte en otros dominios, pasando el Estrecho, y saqueando las costas mahometanas y francesas del Mediterráneo, juntamente con las Islas de Mallorca, Menorca y Formentera, que eran entonces de moros.»

metiese en la mar; pero fué inútil, porque ya habían dado cuenta de los piratas los intrépidos naturales (1).

Cuando se considera el estado de Europa, y el de España en particular, en ese décimo siglo, en que las alternativas de la disolución y de la reorganización se confunden sin dar tregua apenas al espíritu para distinguir con claridad sus efectos; cuando se piensa que el Imperio occidental, tan trabajosamente constituido por Carlomagno, estaba hecho pedazos y entregado á las dilaceraciones de la ambición y de la perfidia; que la necesidad de la defensa había introducido en los estados católicos, franceses y germánicos, la más deplorable indisciplina, creando en los monasterios abades-condes, seglares y guerreros, que gozaban de sus rentas y llevaban á los claustros los tristes hábitos de la guerra, de la caza y del libertinaje, convirtiendo los refectorios en salas de banquete, las silenciosas bibliotecas en cuadras para sus hombres de armas y caballos, y los templos en fortalezas; que la cristiandad en las naciones centrales de Occidente, estrechada como por un anillo de fuego con los sarracenos al Mediodía, los normandos al Norte y los esclavones y húngaros al Este, parecía condenada á perecer en las llamas de la prevaricadora Babilonia, y el vago terror del fin del mundo se cernía sobre los descendientes de Japhet como la nube que lanzó sobre la antigua Pentápolis la ira de Dios y el exterminio; no sabe uno qué admirar más, si la rápida decadencia de la grande obra llevada á cabo por la Santa Iglesia de Jesucristo y su auxiliar Carlomagno, ó la heroica perseverancia de la España católica, que, luchando á un mismo tiempo con la barbarie de

(1) No sabemos de positivo si debe asimilarse con esta irrupción de los normandos, que las historias árabes refieren al año 965, la que Masdeu, guiado por nuestros antiguos cronistas, asigna al año 968, reinando en León D. Ramiro III, que mantenía paces con Alhakem, amir de Córdoba. Nuestra duda nace, no tanto de la fecha, cuya variedad es de poca importancia atendido que la divergencia no pasa de tres años, cuanto de la versión en que se supone que los normandos fueron completamente derrotados en los Estados de la España cristiana, sin que pudieran pasar adelante en su incursión. V. á MASDEU, lib. I de la *España árabe*, n.º CCI.

sus propias pasiones, con el materialismo invasor de la brillante cultura musulmana, y con las tremendas incursiones de los paganos del Norte, va lentamente sacudiendo la lepra de tan calamitosa edad, va gradualmente domando los feroces instintos de sus magnates, organizando su Estado, dando cohesión á sus dislocados miembros, fortaleciendo la potestad real, preparando los caminos al espíritu de noble independencia y de racional libertad que en lo sucesivo ha de constituir nuestra más duradera gloria, y dando por fin á la Europa entera, envuelta de nuevo en las tinieblas de la barbarie, el ejemplo de una civilización incipiente basada en las imperecederas tradiciones de sus concilios y en la nunca olvidada escuela de su piedad munífica y fastuosa.

No es esta la ocasión oportuna de narrar las glorias del arte cristiano bajo la benéfica tutela de los reyes de León y de los condes de Castilla: las frecuentes y costosas construcciones que ellos promovieron no entran en el cuadro de nuestro actual estudio. Cúmplenos sólo observar que si no rivalizaron en belleza y magnificencia con las famosas fábricas erigidas por los califas de Córdoba, aventajaron notablemente á las que, con afrenta de la fugaz restauración carlovingia, veían levantar las ciudades de Francia, Alemania é Italia. Mostrábase en estas fiero y altivo el feudalismo acompañado de la más espantosa ignorancia.—La nación que había sido cuna predilecta de las artes desde la época de Augusto hasta la extinción del reino longobardo, se hallaba en la mayor decadencia, limitada la arquitectura en ella á satisfacer, no los caprichos de los poderosos, sino las necesidades de un pueblo ignorante y grosero, y reducidas sus prácticas á un puro mecanismo cuando por ventura lograba la ocasión de ejercitarlas. Apenas había en Italia en aquella época arquitectos ni escultores, ni quien supiese construir una bóveda: volvíase á las rudas prácticas de los francos merovingios, y se construían de madera la mayor parte de las iglesias. Esta endeble y mezquina construcción, dice Batissier, era la más acomodada al desaliento

y miseria de una sociedad donde se anunciaba muy próximo el fin del mundo, y donde le hacían creíble, tanto como la grosera rudeza en que se hallaba sumergida, la ruina y desolación que por todas partes la cercaban.—En la España cristiana, por el contrario, el arte de construir se practicaba con nobleza, con ventajas y con honra, y quizá ninguna nación del Occidente podrá jactarse de haber legado á la posteridad en aquella triste y azarosa época más fábricas insignes y más nombres de arquitectos afamados. Los Tiodas, los Vivianos y Ginos, emulaban la gloria de los más insignes alarifes y maestros del Califato andaluz, y las galanas preesas del arte bizantino, del que había hecho su irresistible talismán la cultura árabe-hispana, pasaron en el siglo de oro del arte cordobés á las cortes de Asturias, León, Galicia y Castilla, como prisioneras de guerra, tan dóciles y halagüeñas en verdad entre los sencillos y rústicos pobladores de aquellos húmedos valles, como lo eran en las doradas campiñas del Guadalquivir y del Genil. Ya fuesen mirados como mera continuación de gratas tradiciones antiguas, ya como innovaciones acomodadas al genio de la arquitectura heredada de sus padres, es lo cierto que los varios elementos de la rica decoración y ornamentación árabe, fueron muy bien hallados por los arquitectos de los Alfonsos y Ramiros, los cuales los usaron con toda profusión en las iglesias de que son tipos marcados S. Miguel de Linio, S. Miguel de Escalada, Sta. Cristina de Lena y San Salvador de Valdedios. Basten estas ligeras indicaciones para recordar la fecunda rivalidad que el genio cristiano sostenía en nuestra Península con el genio árabe, creador de tantas maravillas como realizaron en el espacio de tres siglos los arquitectos del Califato.

En nuestros estudios sobre la cultura del Estado cordobés (1), hemos dado noticia de las más afamadas construcciones de los califas y de la prosperidad que bajo sus diferentes reina-

(1) V. el tomo de CÓRDOBA.

dos alcanzaron las principales ciudades andaluzas. No repetiremos aquí lo que entonces debimos referir con mayor oportunidad. Las actuales provincias de Sevilla y Cádiz fueron parte de aquel Estado, y aunque nuestro trabajo tuvo por principal objeto el territorio comprendido en la moderna circunscripción de la provincia de Córdoba, todo lo que en aquella ocasión escribimos acerca del arte mahometano es extensivo á las construcciones erigidas en las comarcas que ahora recorreremos.—La arquitectura sarracena de la época del Califato se distingue por el carácter uniforme que reviste en todos los países: es aquella la época en que el arte se presenta más grandioso y monumental, y por esa misma uniformidad, semejante en cierto modo al arte romano. En los siglos VIII, IX y X se construía en Córdoba lo mismo que se construía en Damasco; lo mismo que en Toledo y en Zaragoza. Con más razón, pues, serían iguales las prácticas y las formas arquitectónicas en las ciudades y distritos de una misma tierra y de un mismo clima. Añádase á esto que no existen noticias circunstanciadas de las mezquitas y alcázares edificados en las grandes poblaciones donde residían los walíes ó gobernadores nombrados por los amires, y que los vestigios de arquitectura musulmana que hoy excitan el interés del arqueólogo en la tierra que vamos recorriendo, pertenecen casi todos al arte mauritano desarrollado desde el siglo XI hasta principios del XIII, ó bien al que siguieron los alarifes moros practicando después bajo la dominación cristiana y que se designa hoy impropriamente con el nombre de *mudejar*.

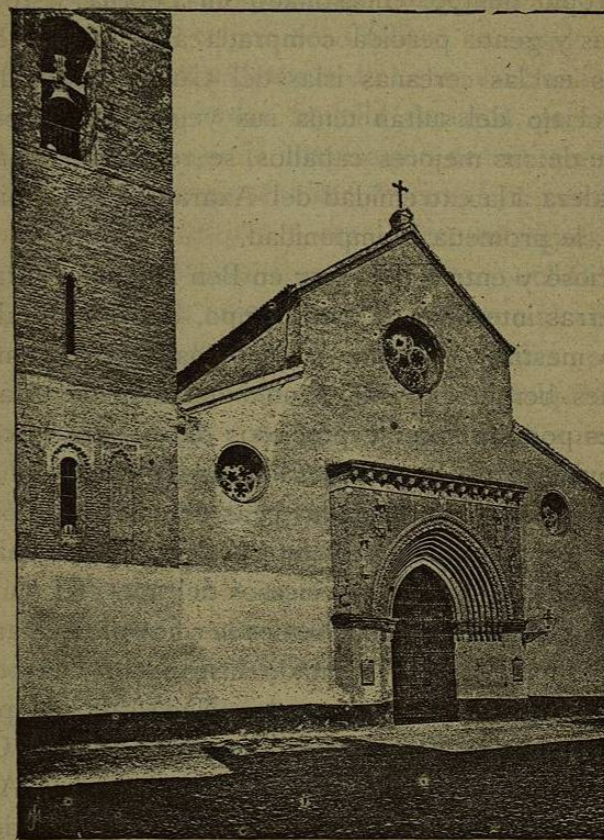
Son sumamente escasos los vestigios de la arquitectura del Califato en dichas poblaciones: así que apenas podríamos citar una construcción íntegra de esa época en el trayecto desde el límite de la provincia de Córdoba hasta el Estrecho de Gibraltar. Es presumible que antes de la invasión de los Almoravides hubiera allí construcciones de arquitectura religiosa, civil y militar, de grande importancia: inducen á creerlo el examen de algunas de las partes más antiguas de la mezquita, hoy catedral,

de Sevilla, y otros monumentos que ligeramente vamos á reseñar sin orden determinado.

En Lebrija (*Nebrishah*) hemos creído reconocer dos construcciones notables de la época del Califato. Es la una la parte antigua del castillo que domina la población. En este hay una capilla que conserva todos los caracteres de las mezquitas del noveno siglo. Es de tres naves: sepáranlas columnas que sostienen por cada lado tres anchos arcos de herradura.—El otro curioso monumento es la parte también antigua de la Iglesia mayor. Es este templo asimismo de tres naves, separadas por pilares, á cada uno de los cuales están adosadas cuatro columnas coronadas de capiteles bizantinos, sobre los que cargan arcos ultrasemicirculares. Debíó formar esta mezquita en su planta primitiva una cruz griega perfecta y nueve compartimentos iguales, cubiertos por otras tantas cúpulas de diversas formas, y presentando en cada una de sus cuatro bandas al que se situase en su centro ó crucero, tres soberbios arcos de herradura. Hoy mismo, á pesar de la reforma hecha por el arte moderno, presenta desde el castillo la Iglesia mayor de Lebrija una fisonomía enteramente musulmana, porque se ven asomar sobre su techumbre las seis cúpulas de piedra con que se coronan las seis bóvedas antiguas que la restauración ha respetado (1).—El castillo de Lebrija fué edificado por el famoso Suleymán Ben Mohammed Ben Abdelmalek, magnate de Sidonia, cuando estallaron las sediciones de los potentados de Niebla, Carmona,

(1) No siendo probable que volvamos á hablar del pueblo de Lebrija, parecenos esta la ocasión oportuna de manifestar lo más curioso que la mencionada Iglesia mayor encierra. La parte árabe antigua no pasa más allá de su crucero: desde este al ábside, todo es moderno, no distinguiéndose en él más que el altar mayor, trazado por Alonso Cano, en el cual hay muy notables pinturas. Tiene esta iglesia una fachada lateral gótica muy buena: su arco en ojiva, su archivolta de nervios, las pequeñas columnas que la sostienen y las puntas de diamante que la decoran, están acusando el influjo del siglo XIII en su principio. La imafrente nada de particular ofrece: sólo se lee con interés sobre el dintel de su puerta, en una losa de mármol blanco de fines del V siglo, la inscripción sepulcral siguiente: ALEXADRIA CLARISSIMA FEMINA VIXIT ANNOS XXV, RECESSIT IN PACE DECIMONONO KLS. JANUARIAS, ERA DXXXIII.—PROBUS FILIUS VIXIT ANNOS DUOS, MENS...

Sevilla y otros distritos contra el amir Abdallah, en el siglo IX. En esta época fueron muchos los castillos y fortalezas que se edificaron en la provincia, ya por los amigos del poder real para



SEVILLA.—SANTA MARINA

róbastecer la autoridad del sultán y tener á raya á los caudillos rebeldes de las diferentes tribus y razas, siempre propensas á disturbios, ya por esos mismos caudillos que en los distritos apartados de la corte mantenían vivo el espíritu de rebelión. Mohamed Ben Ghalib, el mulado de Écija, solicitó permiso del